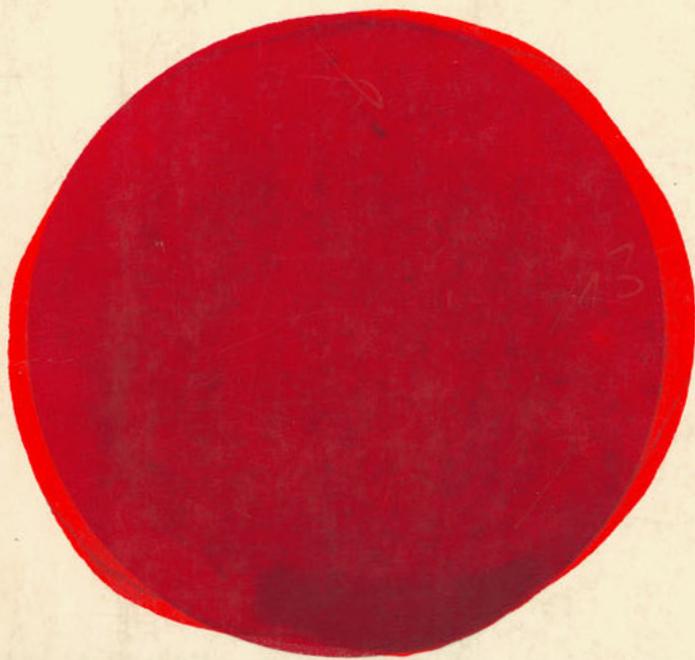


JAIME EYZAGUIRRE



***HISPANOAMERICA DEL DOLOR
Y OTROS ESTUDIOS***

EDICIONES CULTURA HISPANICA

2. POR LA FIDELIDAD A LA ESPERANZA

Los animales transcurren guiados por el instinto y al parecer no dejan rastro espiritual. Al hombre, en cambio, lo mueven el entendimiento y la voluntad. Su tránsito por este mundo marca una huella. Sólo el hombre tiene herederos. Y porque los animales son apenas un instante fugaz e irracional dentro del existir, carecen de alma colectiva, de sentido y de esperanza en el suceder. El hombre ha recibido, en cambio, el privilegio de tener un destino, de prolongarse en el tiempo y más allá del tiempo; por eso a él le está reservado el honor de ser protagonista de la historia, de nacer en ella, recogiendo el pasado, y de transcurrir en ella, enriqueciéndola. Sólo el que se siente depositario de un mensaje escrito con la tinta de los siglos es capaz de marchar por ruta firme y con fe inquebrantable. Tiene por delante una misión para los vivos y por detrás el respaldo de los muertos.

La historia no es una mera contemplación sino un estímulo. Se la puede mirar, sin duda, como objeto de curiosidad científica; pero ella no alcanza todo su valor y eficacia mientras no se introyecta en lo hondo de la comunidad, mientras no se transforma en tradición. En ese instante, lo que la inteligencia ha percibido, se hace dinámica para la voluntad. La contemplación primera desemboca en vida fecunda y creadora. Un pueblo, una patria han encontrado así su razón de ser.

No basta ni un territorio ni un puñado de seres humanos para constituir una nacionalidad. Entre la vida vegetativa y la vida histórica hay un abismo que sólo pueden saltar la fe y la esperanza en el propio destino. Para que nazca una patria es preciso que se dibuje el contorno de un estilo propio sobre la corporeidad de la tierra y la sustancia de las almas. Antes de eso sólo ha existido la oscura sombra del caos.

¿Qué hubo de común durante milenios desde las arenas del desierto atacameño hasta los helados linderos de la Antártida? Nada más que el deambular de grupos dispares en medio de una naturaleza sin unidad. Se necesitó

la presencia de un pueblo superior y la mente de un caudillo de visión alta y voluntad templada, para que la geografía inerte se animara. Entró entonces la vida en la materia y lo disgregado comenzó a agruparse. Nació así Chile y se inició una historia. Y esta historia no transcurrió solitaria, sino íntimamente ligada al destino de todos los pueblos de Occidente. España, hija de Roma y nieta de Grecia, fue el cordón umbilical que ató la patria en germen con la vieja Europa plétórica de cultura. Por esa vía llegó la lengua castellana que allá cantara las gestas medievales y que aquí se alzó atónita ante el plural heroísmo de la guerra de Arauco. Por el mismo conducto alcanzó a estas latitudes el derecho, para marcar las fronteras del orden y de la libertad, del poder y de la justicia. Por igual cauce advino el cristianismo en afanoso anhelo de moderar las discrepancias de sanar con el amor las heridas de la lucha armada, de hacer de poderosos y débiles seres iguales en esencia, emparejados por el implacable rasero de la muerte y el objetivo juicio de Dios.

Este fue el nacer de Chile, por obra y gracia de su madre España. Y también fue su transcurrir por cerca de tres siglos. Cuántos escollos debieron vencerse en esas centurias. Fue el golpe periódico y anonadador de los sismos: fue el asalto inmisericorde de los piratas a las costas abiertas. Debió comenzarse una y mil veces a la luz de una esperanza nunca extinguida. El obstáculo, lejos de ser un motivo de desfallecimiento, llegó a transformarse en un estímulo. Ni una duda, ni un retroceso, ni un desaliento. Siete siglos habían luchado los distantes abuelos en la meseta castellana y en las tierras de Andalucía contra los moros. La dificultad había llegado a transformarse en compañera inseparable de la raza. Al hacerse ella chilena seguiría cargando con esa cruz, que es la impronta de los pueblos con historia.

Llegó la hora de la adolescencia y vino a apuntar la querrela de las generaciones. Por uno y otro lado la polémica se hizo ardorosa. Cayó la sangre y se abrió el abismo. Fue una pelea sin cuartel, al hispánico modo. El eslabón político quedó roto en el suelo y con él el nexo que unía a toda la gran familia americana. Ahora por las mentes galopó febril el ansia de negarlo todo, de aniquilar el alma y el nombre gentilicio. Los ojos se volvieron solícitos, huérfanos, mendicantes en busca de un nuevo destino. Allí estaba Francia para ofrecerlo. La palabra libertad adquiriría en su idioma un valor de sacramento y no había voluntad juvenil capaz de esquivar sus encantos. Hasta sus playas llegaron las mentes mozas de Hispanoamérica a recibir el bautismo de la nueva cultura. ¿No creían haber vegetado hasta la víspera en la oscuridad, en el abandono? ¿Y no estaba ahora abriéndose para ellas la aurora del espíritu? Atrás debía quedar la madre propecta, para dejar paso a la amada de irresistible lenguaje.

Un día la aventura empujó más allá de los Pirineos a un chileno inquieto e intuitivo, Vicente Pérez Rosales. Sentía y pensaba en francés, y de la tierra española no oyó desde niño sino vituperios. Había presenciado entonces las escenas duras de la guerra de la emancipación, la prisión del abue-

lo, su destierro a islas inhóspitas. Después la familia lo envió a París a hacerlo hombre. Era romper de lleno con el pasado y comenzar de nuevo, como toda su generación.

Pero el pasado le estaba aguardando en la Castilla ancha y pedregosa. Fue en la Armería Real. Ante su vista se encontraba una espada de empuñadura de oro en forma de cruz. ¿De quién pudo ser ese atributo que hermanaba la fe con la resolución? Se le dijo que de la Reina Isabel. Suplicó tener el arma en sus manos y ya cumplido este anhelo, la llevó a los labios con temblorosa devoción. Había encontrado la raíz de su patria, el punto de partida de su historia.

Por esos años, Chile ya no era, claro está, una provincia española. Su ruta política enfilaba por otros caminos que la Madre Patria, y las influencias telúricas habían introducido alteraciones en el molde primitivo. Sucesivos cambios, naturales unos, aguijoneados de manera artificial otros, habían ido moldeando la nacionalidad con nuevos contornos. Definitivamente ya no se era más español, pero sí se seguía siendo hispano. Y no hispanista, que es actitud del extraño que admira desde fuera rasgos de la cultura ibérica. Ser hispano para el chileno es signo de filiación, no postura servil o imitativa. Y que se era hispano lo estaba diciendo la perduración de ciertos rasgos que habían constituido la personalidad de Pedro de Valdivia, el fundador de Chile: su amor a la tierra, su arrojada valentía, su sentido político, su estoicismo en el desastre, su índole dilapidadora y sensual. Y en éstos y en otros detalles, el aire de familia se revelaba intacto, aunque las agudas aristas se habían ido ablandando, desde la mayor suavidad del lenguaje hasta las moderadas actitudes en la convivencia. De ahí que en pleno siglo XX el ingenio de Agustín de Foxá haya podido definir a Chile como una España atemperada por la corriente fría de Humboldt.

No era raro, pues, que Pérez Rosales, hace ya cien años, exclamase que al pisar tierra española le pareció haber llegado a Chile, y agregara que sólo de España, por donde pasó fugazmente, se había ausentado con verdadero sentimiento, y no de Francia, donde vivió hasta hartarse de ideas y de modas. Porque, al fin, no es lo mismo dejar la casa de la madre que la casa de la amiga.

Pero de la experiencia de ese viajero no participaron sus connacionales, que huyeron de la raíz con un desdén apoyado en la ignorancia. Además los hombres que por entonces tributaban oficialmente culto a la historia, si bien hicieron alarde de investigación en forma no superada en América, constreñidos por el dogma del progreso indefinido, miraron el pasado necesariamente como una época de oscuridad, cuando no de abyección. En el rosario monótono y nutrido de los hechos, la técnica mató al espíritu. Fue inútil que de allí brotara un enlace con la conciencia nacional. Si del pretérito se huía, en vez de heredarlo, ¿cómo podía su recuerdo engendrar emoción, gratitud, estímulo?

Y pese al culto de lo extraño y al desdén por lo propio, el río de la historia caminaba por el inconsciente colectivo hasta regar, más de una vez, el buen camino de la nacionalidad. Ya Andrés Bello, que no se mostró nunca reacio a los influjos foráneos bien dosificados, escribió por aquellos años estas palabras que recogen el juicio de su mente profunda: «Cada pueblo tiene su fisonomía, sus aptitudes, su modo de andar; cada pueblo está destinado a pasar con más o menos celeridad por ciertas fases sociales; y por grande y benéfica que sea la influencia de unos pueblos en otros, jamás será posible que ninguno de ellos borre su tipo peculiar y adopte un tipo extranjero; y decimos más, ni sería conveniente, aunque fuese posible». Por eso Bello señaló la importancia de que el chileno estudiase su historia, no para idolatrar lo muerto, sino para buscar el yo colectivo, a fin de dar luz al presente y configurar con acierto el porvenir.

¿Cómo se puede decir algo verdadero, algo original, algo auténtico, si se es infiel a las propias esencias? El diagnóstico de las posibilidades de un pueblo brota del conocimiento de su vida. Ignorarla, cortar arbitrariamente el curso de su desarrollo, injertar en él de manera indiscriminada influjos exóticos, es poner en peligro su existencia. Si el abandono de la vocación personal conduce al irremisible fracaso, ¿qué puede esperarse sino esterilidad y anquilosis como fruto de los desvíos colectivos? Sólo cabe avanzar con paso firme por el camino de la tradición, porque ella es la conformidad de la existencia nacional con el ser nacional.

Tradición es transmisión y sólo se transmite lo perdurable, lo que supera a la fugaz circunstancia, lo que no es epidermis sino entraña, lo que no es detención sino dinamismo. Porque la tradición no es una nostalgia sino una esperanza.

Nota distintiva primaria de nuestra tradición es el sentimiento de independencia y de libertad. El se reveló en los viejos Cabildos, herederos del espíritu foral castellano, que alzaron su voz contra los atropellos del poder civil y llegaron hasta deponer a los gobernantes despóticos. Ese mismo espíritu es el que ha acompañado a la república en todo su transcurso e impedido la entronización de las dictaduras y los regímenes opresivos de la dignidad humana. A tan sostenida postura debe Chile en buena parte su limpia ejecutoria cívica.

Junto a esta actitud de libertad ha caminado la arraigada convicción de que el orden jurídico y el respeto a la ley son el cauce para lograr el adecuado desarrollo colectivo. Este apoyo en el derecho, no como una fórmula invariable, unívoca, sino como un principio eterno de justicia que debe adaptarse analógicamente a las necesidades de los tiempos, ha salvado a la patria de los saltos en el vacío y le ha asegurado una rara continuidad en América. La vigencia por casi un siglo de la Carta política de 1833 es una muestra elocuente de la citada actitud. El secreto de su larga duración estuvo en su

falta de rigidez y en su facilidad para acomodarse a las nuevas modalidades de la vida nacional. Por eso Joaquín Tocornal, uno de sus artífices, la definió con acierto en sus primeros años como una Constitución «crecedora».

Corolario de todo lo anterior ha sido la apertura al diálogo. En Chile el respeto entre los discrepantes ha constituido la piedra angular de la convivencia pacífica. La persecución y la venganza políticas son raras en su historia, y los únicos dos asesinatos de hombres públicos, el de Manuel Rodríguez y el de Diego Portales, fueron urdidos o instigados por elementos foráneos.

Esta feliz conjunción del sentimiento de independencia, del culto al derecho y del respeto a la persona, ha permitido a la patria, sobre todo a lo largo del siglo XX, encarar hondas reformas políticas y sociales en un raro nivel de serenidad. Los esfuerzos del egoísmo por detener el curso de las legítimas transformaciones y los del odio por empujarlas por la pendiente de la violencia, se han estrellado frente a un muro incommovible. Se ha caminado más rápidamente de lo que creen los demagogos y de lo que desean los retrógados; pero se ha caminado sin rupturas tajantes que introducen heridas incurables, y a la vez, apartando a tiempo lo accidental y transitorio, de aquello que debe perdurar como atributo indelegable de la personalidad nacional.

Esa nota de serenidad en los cambios políticos y sociales ha acompañado también a Chile en las tremendas horas de prueba a que suele someterla una naturaleza tan bella como iracunda. Los sismos y maremotos que han ultrajado inmisericordes el rostro y el cuerpo de la patria, lejos de abatir a sus hijos les han servido de acicate. Comenzar siempre de nuevo ya es una ley de nuestra historia, dictada desde los albores de la colonización. Encarar el dolor, la dificultad, con ánimo entero y voluntad no doblegada es parte esencial de nuestra fisonomía.

Y porque el chileno parece sentirse más a sus anchas en el infortunio que en la prosperidad, pone acento, no en el recuerdo de sus triunfos sino en el de sus desastres. Con ser que Chile ha vencido en todas sus guerras, apenas trae a la memoria las victorias de Chacabuco, de Yungay, de Arica o de Angamos. Son, en cambio, los combates de Concepción y de Iquique, los que conmueven la fibra de las fuerzas armadas y de la nacionalidad. Allí se entregó la vida; allí primó el sacrificio total. Y es que el chileno, heredero inconsciente de los hombres de Numancia y de Zaragoza, considera el testimonio puro y desnudo del espíritu cosa más noble que el éxito temporal.

He aquí nuestra tradición, forjada en cuatro siglos de breve pero digna historia. He aquí los trazos del rostro espiritual de Chile, siempre joven, siempre dispuesto a perfeccionarse, pero también siempre amenazado de una peligrosa deformación.

Salvar nuestra individualidad para tener así algo auténtico y original que decir; defenderla de las mixtificaciones y de los venenos sutiles que a pretexto de justicia o de progreso se quieren introducir desde fuera, es tarea de hoy y de mañana. Hay que activar en el chileno la conciencia del vivir histórico para que se conserve puro y alerta en medio de las asechanzas destructoras. Hay que defender la herencia recibida, pero no guardarla como reliquia sino esgrimirla como arma de combate en la lucha por nuevas creaciones. El día en que reconciliándonos con la sustancia del alma colectiva pidamos a ésta y no a las almas extrañas la respuesta a nuestras angustias; el día en que el pintor y el músico se comuniquen férvidos con el temblor del terruño y no sigan manoseando imágenes y voces gastadas por el aire; el día en que el novelista abandone por estéril la fórmula monocorde y dirigida del resentimiento de clases y descienda amoroso a sorprender el corazón mismo de nuestro pueblo; el día en que los grandes poetas, inconscientes anticipadores de un espléndido porvenir cultural, arrojen los pseudónimos cosmopolitas y extranjerizantes de Mistral y de Neruda, y exhiban sin rubor sus criollos y legítimos apelativos de Lucila Godoy y Neftalí Reyes, ese día habremos conquistado un sitio auténtico y, por tal, respetable en el mundo de la cultura.

No es posible dar el salto firme sino apoyándonos en la hondura de nuestro ser. Porque sólo en la fidelidad se cuaja la esperanza.